

Imágenes de Océanos

Se complace en presentar
una muestra de los ganadores
del Concurso de Cuento Breve 1990.

Más de un centenar de trabajos
de América Latina y España,
se juntaron para dar vida a esta
realidad literaria.

Gracias, hermanos escritores,
por creer una vez más en nosotros.
Primer lugar: César Augusto de León Morales,
de Guatemala; Pascual Marrazzo, de
Argentina y Antonio Sahady, de Chile,
completan los lugares siguientes.

La presencia de Carmen Garbarino y de
Manuel González Puebla en nuestra ciudad de
Antofagasta, pusieron el marco de honor
para esta entrega de premios.

RESPONSO

Me enamoré, estúpidamente pero me enamoré. Le di la comunión y ella —Dios sabe por qué— me miró. Todas vienen párpados abajo, abren la boca, sacan la lengua, bendigo la hostia y la deposito en la pequeña superficie rosada. Tampoco las miro, uno piensa en Dios y bendice. Yo pensaba en Dios pero fue una instancia cabalística, fuera de este mundo de losas y altares. Su rostro estaba iluminado por la luz multicolor de los vitrales. La siguiente mujer, quizá sorprendida, aguarda lengua afuera mientras contemplo alejarse —deslizarse— esa figura alada. Un ángel pienso, pero con fuego en sus ojos.

La acecho y viene todos los días, a veces acompañada por un hombre alto y seco, canoso. Misa de ocho y mi sermón es para ella, encendido y singular. Paso por alto fechas sagradas y me concentro en Salomón, amante entre amantes; en Babilonia, sus placeres y la torre de Babel..., en Satanás y sus tentaciones. Fuego también en mis labios y por las noches oro al señor para que restituya mis fuerzas. Pero, ¡oh, Señor!, tú nos diste el amor, gracias por tu dádiva. Mis sueños se penetraron de deseos y el cilicio no es ya suficiente. Doy la bendición y por sobre todas las cosas perdono los pecados de amor. Pero un día llegó ella, descubrí su aliento de mirra, su aroma fresco de lilas, el alabastro de su rostro a través de la rejilla. Padre, dijo, voy a casarme pero amo a otro. No te cases, le digo, ¿y el otro? Demora antes de susurrar: no se puede, "él" es sagrado. Sagrado es el amor, me arrebaté, dile que lo amas. No me atrevo, murmura, sueño con él pero también con Dios, que me lo prohíbe. Déme la bendición, padre. La bendije y salí para encontrarla pero se ha marchado como el viento. No la vi en un tiempo y mis noches fueron el infierno que adiviné.

Cuando vino a casarse y la uní en matrimonio el dolor me impidió mirarla. Entonces tomó mi mano, la besó y dijo adiós, padre. Y mientras se alejaban del altar, sorbí sus lágrimas que mojaron mis dedos, amargas y dulces como la miel de los panales de Salomón.

PRIMERA MENCION HONROSA:

ANTONIO MONTERO ABT. Cuentista, novelista chileno.

FERDINANDO

A mediodía, como siempre, se encaminaron por la vereda arbolada que les conducía al cercano lomo de la colina, donde estaba el bar "El Mirador", que dominaba la tranquila villa, sólo turbada de cuando en cuando por bulliciosos viajeros, en tránsito hacia las playas del poniente. Y en la mesa reservada, el tabernero les sirvió el licor y los agregados cotidianos.

— Como te decía ayer, Ferdinando, llegué a esta aldea sin rumbo fijo huyendo de la ciudad, cuando terminó la esclavitud del trabajo rutinario. Durante años ahorré pacientemente, para que cuando llegara el día de la merecida jubilación, pudiera sentirme en paz y dueño de todo mi tiempo. Antes amé y fui amado, pero quiso el destino o la suerte, que ningún episodio culminara ante el altar y hoy me contemplo en el espejo de mi alma, libre de cargas familiares.

— Aquí me afinqué y sin prisa y sin pausa, redondeo el quehacer amable del simple acontecer. Para mejor me encontré contigo, Ferdinando, a la vuelta de la esquina de una mañana cualquiera —hace tres años— y nuestra amistad se mantendrá mientras vivamos.

— Me observas con tus ojos profundos, casi melancólicos, que trascienden fidelidad y en tu silencio, amigo mío, hay un mensaje más profundo, que esa retahíla de palabras frívolas de tanto necio suelto.

Salieron con la euforia del breve ágape y del vinillo malicioso, que estimula ingenuas audacias.

Ferdinando se adelantó y alzó la patita al pie de un árbol; luego se acercó elevando la cabeza, para recibir la ritual caricia, y el ventilador de su cola giró con ritmo frenético de natural alborozo. Después, ladró furiosamente a su enconado enemigo, el "bull-dog" del zapatero, que desparramado sobre la losa fría del portal, despertó de su lánguida siesta estival y abriendo un ojo, le gruñó con olímpico desprecio.

SEGUNDA MENCION HONROSA:

MANUEL GONZALEZ PUEBLA, Abogado, Escritor chileno-argentino.

SI MAÑANA FUERA AYER

La perdonaría... y no estaría pagando mi bronca con este sufrimiento. El de estar solo, sin saber cómo caminar en una casa vacía.

Prefiero la tortura de los celos, la cobardía de los que saben, que no tienen que saber, deseo llorar al lado de un cuerpo vivo.

Si mañana fuera ayer, no la habría matado.

SEGUNDO LUGAR:

PASCUAL MARRAZZO. Río Negro, Argentina.

POR EL CALLEJON

El hombre ignora que si cruza la calle hará cambiar el curso de este relato, porque en ese caso no elegirá internarse por ese callejón estrecho, ni le dolerá el hambre y los andrajos de esos pordioseros, y tampoco ocurrirá que la hoja de un cuchillo haga un feroz nido en medio de su vientre.

Pero el hombre no cruza la calle.

TERCER LUGAR:

ANTONIO SAHADY VILLANUEVA. Arquitecto. Docente investigador, académico universitario de ascendencia chileno-árabe.

CAMILA LA NIÑA DE LOS ZAPATOS ROTOS

Por los agujeros que la pobreza abre en los zapatos, Camila supo que el invierno es frío y ácido, melancólico y poco hospitalario. Lo supo cuando la infancia debía subirle en mariposas desde el suelo y la alegría entrarle a chorros por los ojos en bandadas de luminosas golondrinas.

Por eso, su carita, a los cinco años, tenía un aire de tristeza, esa enigmática tristeza que a veces echa raíces en el alma de los niños como un pájaro negro que eclipsase la luz de las pupilas.

Y es que en Camila, los agujeros de sus zapatos, por donde el invierno entraba como una oscura abeja, le subieron al alma que desde entonces fue un caracol llevando a cuestas la casa rota de sus sueños.

Camila no jugaba, era como si de repente la vida jubilosa se le hubiese escondido, huraña muy adentro, y ella no hubiera subido a bordo del barco de la alegría para surcar el mar de la inocencia. Había en sus ojos una expresión de llanto lavada por la lluvia y en su alma los mismos agujeros que tenían sus zapatos.

Por éstos entraba el frío del invierno y por aquéllos la larga sombra de la muerte.

Camila era el desecho de una sociedad injusta donde la fortuna de unos cuantos se amasa con el hambre de los pobres.

Ahora ya no es la niña triste que miraba jugar a sus compañeras de clase en los patios de la escuela, tampoco observa más a los niños que viajan en lujosos coches tras ser recogidos por sus padres (explotadores de mierda) en las afueras del colegio. Ella ha muerto y nada ni nadie turbará su paz eterna.

Pero como Camila hay otras niñas y niños en el mundo a quienes la pobreza hace agujeros en los zapatos y en el alma. Por aquéllos entra el invierno frío y ácido y por éstos la larga sombra de la muerte.

ENCUENTROS

Amanecía, cuando tus palabras indicaron el inexorable fin de nuestro encuentro, y quedaron flotando en espera de continuarse de otras, de consuelo, que se adormecieron en tus labios porque esa vez no lloré. Sólo hurgué en tus ojos y un silencioso "¿Me quieres?" dejó volar hacia el par de zincadas lagunas, profundas como los mares que surca tu embarcación.

Así partiste. Sin prisas ni demoras. Como había llegado. Como llegabas siempre. Como siempre volvías a partir.

Después enviaste cartas. Olvidé cuántas. ¡Hace tanto tiempo de esto! Pero recuerdo las que nunca llegaron, las que esperé en mañanas que primero fueron frías, luego cálidas, y otra vez frías y otra vez cálidas, y más veces frías y cálidas.

Fue entonces que comencé a procurar distraerme y mirá tú: Tan bien lo hice, que no me di cuenta cuando dejé de amarte. Quizá fue la noche en que soñé con violines y no eras tú el que arrancaba sus notas, ni el que bailaba conmigo o con otra, o algún espectador en la penumbra. O el día en que conocí a Carlos, con sus ojos más bien verdes que grises como los tuyos. O acaso esta misma mañana cuando el pequeño José Carlos, al despertar, corrió a besarme.

¡Lo sé! Estoy aquí por mi gusto. Es que esta tarde, tu voz en el teléfono me mezcló los decenios. Por eso me brotaron los reproches. Por eso acepté venir. Creí que hoy era ayer, y tú y yo éramos aún nosotros.

Está oscureciendo. Me voy. Ya no quiero volverte a ver. ¿Puedes comprenderlo? No, no te engañes, hoy fui feliz entre tus brazos; pero no por amor, sino por cobrarle una deuda al tiempo. ¡Mirá! ... apenas un resplandor queda de la luz del día...

Es cierto..., estoy llorando. Déjame, tengo que hacerlo. ¿No vez que regreso a mis Carlos con vergüenza y dolor por este encuentro, y alegría de saber cuánto los quiero.

TERCERA MENCION HONROSA:

MARYLIN DIAS CAPO. Uruguaya. Directora de la Revista Internacional "Punto de Encuentro".

LAS MARIPOSAS DEL ABUELO

A pesar de sus años, el rostro de la abuela Any no había perdido su hermosura ni mucho menos su gran serenidad.

Afuera llovía, hacía poco había encendido el fuego; miraba fijamente las llamas y en ellas se imaginó ver retratado el rostro de su amado esposo Sebastián. Repentinamente la interrumpe su pequeña nieta Bony quien le pregunta si le sucede algo y por qué habla emocionada y en voz alta a la nada. La abuela mira, suspira y le pide que se le acerque para contarle algo acerca de su abuelo.

Recuerdo como si fuera ayer querida nieta... se encontraba agonizando, miré el cielo para pedir a Dios por él y me llamó mucho la atención el revuelo hermoso de dos grandes mariposas de un color azul suave. Al poco rato llegó la ambulancia y en el trayecto al Servicio de Urgencia fallece y lo trasladan a la morgue.

Al día siguiente con dos de sus tíos lo fuimos a buscar temprano, allí se nos hizo entrega de su cuerpo y algunas pertenencias.

Al llegar a casa con mucha pena y delicadeza desdoblé cada prenda y al hacerlo me sorprendí al sentir que algo se movía, eran las dos hermosas mariposas que majestuosas emprendieron su vuelo en busca tal vez de otro ser, que las esperaba para el viaje final.

Bueno, aún cuando nunca sabremos qué acompañó a tu abuelo el día que vino al mundo, sí estaremos seguros que una hermosa escolta, quizás guardiana del cielo, lo acompañaron al morir.

EL ULTIMO TECLADO

*Las calles de mi alma están solas
y desorientadas.*

*Inventando formas y ritmos nuevos
para inaugurar en tu almohada.*

*A veces quisiera doblarme entera
en gritos impotentes, por sentirme
por ti abandonada.*

*Refugiada en la música y la canción,
mi máquina ejecuta, quizás, el último
teclado.*

*Interna en el desierto temo a veces
convertirme en sal.*

*Historias antiguas, promesas añejas,
círculo vicioso.*

No quiero recordar.

ALEJANDRA ZARHI

POEMA PREMIADO POR LA FUNDACION GIVRE
BUENOS AIRES, ARGENTINA, 1990.

NUESTROS SINCEROS AGRADECIMIENTOS A:

Juan Floreal Recabarren Rojas, Alcalde de Antofagasta, su
Sra. y personal de la I. Municipalidad, quienes siempre acogen
con su colaboración el desarrollo de la cultura.

Ramón Grimal, Administrador del Hotel Antofagasta – Cris-
tóbal Inn.

Codelco- Chile, Superintendencia Antofagasta.

Y a todos aquéllos que de una u otra manera, permiten efec-
tuar con éxito, las tareas culturales.
